

SOBRE EL ESPÍRITU

[קַיִן - πνεῦμα - *spiritus*]

CAPÍTULO 3.º

Un lugar próximo a Dios, no tanto por su naturaleza y dignidad, cuanto en orden a su mención y exposición, lo ocupa el espíritu. Pero no llamamos aquí espíritu al viento o a cualquier otra cosa sumamente ligera de las muchas que hay y nacen bajo el cielo, porque también éstas son corpóreas. De ellas nos ocuparemos en su momento oportuno. Llamamos espíritu a aquella naturaleza dotada de conocimiento e inteligencia, capaz, por su fuerza y origen, de virtud o de vicio, pero incorpórea, sin cuerpo semejante al de los animales, ni más grueso ni más firme, y que no lo admite imitación o simulación, aun cuando en su apariencia pueda ciertamente presentarse bajo cualquier forma o figura. Como está escrito: **Tocad, porque el espíritu no tiene carne ni huesos** (Lc 24,39). Valga, pues, esta breve descripción, para que se nos permita definir el espíritu como la naturaleza carente de cuerpo, dotada de inteligencia y capaz de acción.

Pero, aunque uno solo sea el género de su naturaleza, diversas son, en cambio, sus clases y diferencias¹. Y las primeras diferencias de dichas clases aparecen en función de la distinta capacidad que tiene el espíritu de conocer y actuar, y que corrientemente se manifiesta en los nombres dados a sus ministerios, oficios o dignidades. A unos, en efecto, se les llama Serafines; a otros, Querubines; a otros, Principados o Potestades. Pero hay uno entre ellos que, por la grandeza y gloria de que gozó en otro tiempo, recibió el nombre de Lucifer. Por su culpa gravísima, fue con razón desposeído de su dignidad; le fue dejado, sin embargo, el nombre, sólo para eterno recuerdo de su infamia y aflicción. Así quedan relacionadas tales clases. En otro lugar —si Dios nos lo permite—, nos detendremos a considerar con más extensión y exactitud todas estas cosas.

Ahora bien, existen otras diferentes denominaciones que no están en relación con la naturaleza de los espíritus mismos, ni con los ministerios u oficios que se les encomienda, sino con la propia libertad y voluntad de cada uno de ellos, de manera que a unos se les llama espíritus buenos, y a otros, espíritus malos. En efecto, en la medida en que cada uno de ellos haga propia alguna de las cualidades que diferencian las cosas buenas de las malas, unos son espíritus de la luz; otros, de la oscuridad; éstos, de fortaleza; aquéllos, de debilidad; espíritus de verdad y lealtad, espíritus de mentira y engaño. Y cuando encierran en sí diversas cualidades de maldad o perversidad, muchos reciben el nombre de espíritus inmundos.

El significado de todos ellos, sin embargo, en cuanto que son espíritus y así se les llama, es absolutamente el mismo, e idéntico es también el nombre que se les da en las Sagradas Escrituras. Con él se indica el poder, la prontitud y la celeridad en la acción. Y, por resumir todo esto que venimos diciendo con un solo ejemplo, lo que la divina filosofía atribuye al espíritu es lo que niega a la carne, en cuanto naturaleza débil, enfermiza, delicada, sujeta a la fatiga y corruptible. Y así como el nombre de Dios, EL, es decir, el poderoso, suele oponerse al de Adán, así también suele oponerse el espíritu a la carne, en razón de su celeridad y eficacia, como dice Isaías: **Hombre es Egipto, no Dios; carne son sus caballos, y no espíritu**² (Is 31,3).

EMPLEO DE LAS PALABRAS

Y así, el nombre de espíritu indica celeridad y capacidad de acción velocísima y libérrima, como se puede observar por el ejemplo que acabamos de ofrecer. A este mismo sentido hace relación también el que sigue: **Tú que haces mensajeros a tus espíritus** (Sal 104,4). Y en Ezequiel: **El espíritu me elevó**

¹[Tomás de Aquino, *Del ente y de la esencia*, cap. III].

²[Grg. no habla de que los caballos no sean *espíritu*, sino de que no sirven de ayuda: καὶ οὐκ ἔστιν βοήθεια].

y me transportó a Caldea, a la cautividad, etc. (Ez 11,24).

ESPÍRITU REFERIDO
AL HOMBRE

Espíritu se usa, a veces, en lugar de la justificación³ divina o santificación: **¿Recibisteis el espíritu por las obras de la ley o por la escucha de la fe?** (Gál 3,2). Todos los ministerios⁴ que se refieren a la piedad se dicen espirituales: **Si nosotros hemos sembrado cosas espirituales en vosotros, ¿será gran cosa si de vosotros cosechamos bienes materiales?** (1Cor 9,11).

Este nombre se usa también con cierta frecuencia para indicar una actual inquietud del alma humana, ya como fuerza natural e inherente al hombre, ya como fuerza extrínseca procedente de Dios, de un ángel o de un demonio, o de cualquier otro lugar.

Comoquiera que sea, este nombre significa una fuerza presente y eficaz, para hacer el bien o el mal, hecho éste que podrá conocerse con toda claridad, tomando en cuenta el nombre o verbo que le acompañe. Así, espíritu triste significa una tristeza indecible; espíritu de alegría, una alegría y júbilo sin medida; espíritu de fortaleza, un vigor incontenible; espíritu de lenguas, una eficacia grande en la palabra; espíritu de ira, una indignación terrible; y, así, una tras otra, las distintas adiciones van significando los diferentes impulsos espirituales⁵. Puesto que éstos son muchos y muy variados, resultaría largo y superfluo enumerarlos todos aquí. Sea, pues, suficiente indicar sumariamente el hecho, sirviéndonos de un único ejemplo, que en algo parece desviarse de lo que venimos diciendo, aun cuando no difiera tanto en su contenido, antes al contrario nos parece dibujado con una elegante metáfora. Se trata de lo que leemos en hebreo en el libro de los Proverbios: **El que es paciente es gobernado por mucha prudencia; pero el que tiene un espíritu impaciente exalta su estulticia** (Prov 14,29). Espíritu impaciente significa irascibilidad, es decir, un impulso irrefrenable de ira y una rabia muy amarga. Las distintas afecciones de esta clase las llaman los latinos, unas veces, *motus*; otras, *perturbatio*; otras, *impulsiones*. Pero también el mismo nombre latino *spiritus* se usa, en ocasiones, con este mismo significado, como en otro lugar mostraremos. Los comentaristas hebreos suelen traducirlo con el vocablo corriente de las lenguas occidentales, *talante*⁶.

DE LOS ÁNGELES
[מַלְאָכִים - ἄγγελος - *angelus*]

CAPÍTULO 4.º

El nombre griego *ángel*, que corresponde al hebreo מַלְאָכִים, se define más bien por el desempeño de un cargo u oficio, que por razón de su naturaleza. Aunque, en alguna ocasión, no pocos autores escriben ángel por espíritu, sin embargo, en los libros del Antiguo Testamento y en los Evangelios también, la observación constante de este nombre enseña que hay que señalar más el significado del oficio que el de la sustancia. Sucede, no obstante, que, al pertenecer, como es sabido, los primeros y más nobles ministros de Dios a la categoría de los espíritus, toda vez que se pronuncia el nombre de ángel, los oyentes piensan en el espíritu. Pero no es verdad que todos los que se ocupan de algún asunto, por envío o encargo de Dios, posean la naturaleza de los espíritus simples, pues, a veces, este título se aplica también a los hombres; por ejemplo: **He aquí que yo envío a mi ángel delante de mí, el cual preparará**

³Justificación.

⁴Ministerios sagrados.

⁵Impulsos del espíritu.

⁶[Así en el texto latino].

el camino ante ti (Mal 3,1). Igualmente, Ageo es llamado **Ángel del Señor de entre los ángeles del Señor**⁷ (Ag 1,13). Así, podemos decir que no todos los ángeles son espíritu. Sin embargo, toda naturaleza espiritual, que ni es Dios ni es hombre, recibe el título y desempeña el ministerio de los ángeles, pues ninguno existe en este género de quien pueda decirse que no es ministro de Dios, aunque una parte no pequeña de ellos, por su delito, soberbia en insolencia, abdicara de tan excelso ministerio, como está escrito: **¿Acaso no son todos espíritus servidores, enviados para un ministerio en favor de los que han de heredar la salvación?** (Heb 1,14). Pablo dice que todos los espíritus son servidores. Y, en sus consideraciones sobre las tres clases de naturalezas (es decir, la naturaleza divina, que pertenece de manera absoluta a Dios Padre; la divina y humana, que es Cristo; y la naturaleza espiritual), no deja de atribuir este sobrenombre a ninguno de los que a la tercera pertenecen; a ésta, escrito está, Cristo en cuanto que es Dios, la sobrepasa en dignidad de manera eminente; pero, en cuanto hombre, sujeto al padecimiento y a la muerte, fue hecho un poco inferior (cf. Sal 8,6; Flp 2,6). Tampoco aquellos espíritus que, por su arrogancia, se apartaron de Dios, se vieron privados del nombre y ministerio de los ángeles, como está escrito: **También a los ángeles que no conservaron su principado, sino que abandonaron su morada**, etc. (Jud 6). Así, pues, cuando a algo se le llama ángel, conviene siempre pensar que no se está significando su naturaleza misma, sino su oficio o ministerio, y que a esta significación debe ser referido el sentido de la frase o sentencia.

Ahora bien, en este género de oficios existen, en primer lugar, diferencias que tienen que ver con las notas que caracterizan a las personas o a los acontecimientos. Algunos ángeles reciben, en efecto, el nombre de buenos, y otros el de malos. Buenos son aquellos, cuyo pensamiento, diligencia y fidelidad en el cumplimiento de los mandatos divinos fueron siempre firmes y constantes, y la finalidad misma de su oficio o ministerio estuvo en absoluta relación con el bienestar y la salvación de los hombres. De ellos está escrito: **Enviados para un ministerio en favor de los que han de heredar la salvación** (Heb 1,14). Son malos aquellos, cuya perfidia y maldad, conocidas ya de muy antiguo, recibieron el castigo divino; y ahora dedican su esfuerzo en tentar a los hombres piadosos y en castigar a los que causan daño y practican el mal. De los primeros cantaba Asaf: **Comió el hombre pan de los ángeles** (Sal 78,25); y de los segundos, en el mismo salmo, se dice: **Envió contra ellos el furor de su ira, su indignación, ira y tribulación descargó contra ellos a través de ángeles malos** (Sal 78,49).

Existe también otra distinción por la que suelen diferenciarse los ángeles, cuando efectivamente reciben este nombre. También ésta debe considerarse en razón de los oficios, y a su respecto, observamos que, a lo largo de casi todos los libros sagrados, recibe gran variedad y multiplicidad. En efecto, el ministerio angélico, como parece significar e indicar el nombre griego, no hay que considerarlo agotado en el cumplimiento de una embajada solamente, sino que muchos son los oficios, y muchas sus partes, asignados a uno y otro colegio, el de los buenos y el de los malos. Dichos oficios son asumidos, según sea el designio y arbitrio de Dios que gobierna: o bien uno solo para algunos solos, o muchos para uno solamente, o muchos también, comunitariamente, para muchos. David ve al *ángel destructor* (cf. 1Crón 21,15)⁸; también otro ángel, empeñado en una obra parecida a ésta, fue visto⁹ por Arnon, el jebuseo (cf. 2Sam 24,16); otro aparece como caudillo de Israel, el que señala la ruta y los caminos (cf. Éx 14,19); otro también promete a Gedeón que lo habrá de proteger (cf. Jue 6,11-24); otro establece y describe el emplazamiento de la ciudad que va a construirse (cf. ¿Dt 1,33?); también Miqueas ve a Dios deliberando con sus ejércitos celestes (cf. 2Crón 18,18 -21).

Encontramos, además, otros innumerables oficios de muy variada especie, cuya relación resultaría aquí demasiado larga. Así, pues, ángel no significa sólo embajador de anuncios divinos, sino

⁷[Vlg. traduce *nuntius Domini de nuntiis Domini*].

⁸[Pero David ve al ángel destructor en 2Sam 24,17: *dixitque David ad Dominum cum vidisset angelum caedentem populum...*].

⁹[De todos modos, el jebuseo no ve al ángel; se dice sólo que el ángel estaba junto a la era de Areuna, el jebuseo].

ministro, en general, de cualquier función u oficio. Así lo enseña claramente el término hebreo MALACH, que puede traducirse, al mismo tiempo, por «eficaz» y «diligente», fuerza expresiva contenida en los nombres latinos *administrator* o *minister*, o el griego ὑπηρέτης. Pablo expresó esto de manera sapientísima, llamando administradores a los espíritus (cf. Heb 1,14).

Pero para todos los ángeles —particularmente para los que son espíritus—, es común y constante, ya que forma parte del éxito con que ha de pensarse que realizan sus propias funciones, todo aquello que tenga relación con la eficacia, la rapidez, el cuidado, el esfuerzo, el servicio..., en fin, todo aquello que contribuya a llevar a cabo una misión con fidelidad, prontitud y celeridad, como está escrito: **Benedicid al Señor, ángeles suyos, potentes en valor, que hacéis su voluntad al escuchar la voz de su palabra** (Sal 103,20).

Y lo que hasta aquí hemos dicho acerca de los ángeles, en orden a la interpretación de las palabras, nos parece que es suficiente. Si Dios quiere, más cosas, y con más exactitud, diremos en otro lugar, tanto de su naturaleza como de sus ministerios.

SERAFINES

[שֵׁרָפִיִּים - σεραφιν- *seraphin*]

Los serafines significan pureza¹⁰ ajena a toda mancha, suciedad y pesadez, como el fuego purísimo. Así, aquellos ministros de Dios, que vio Isaías, están dotados del poder de purgar y purificar¹¹, para el servicio de Dios y provecho de los hombres, como está escrito: **Por encima de él estaban unos serafines** (Is 6,2); y, un poco después: **Voló hacia mí uno de los serafines trayendo en su mano, con unas tenazas, un carbón encendido tomado del altar**, etc.(Is 6,6).

ESPÍRITU MALO
DEMONIO

CAPÍTULO 5.º

Dadas su condición y estado natural común, vemos conveniente tomar nota también de aquellas cosas que se refieren a los espíritus malos. Éstos reciben en la lengua sagrada nombres distintos, según de qué cosa se trate. Pero de ellos y de sus diferencias y órdenes —si es que de este modo se puede hablar sobre tan desordenado e incompuesto reino—, de sus diversos y variados grados, de su distinta manera de infligir daño, en otro lugar, más apropiado y conveniente, por gracia de la divina providencia, disertaremos. Ahora nos vamos limitar a exponer brevemente sólo aquello que tenga relación con el uso e interpretación del lenguaje arcano. Así, lo que, en este lugar, expongamos acerca de cualquiera de ellos, en nada impedirá que se refiera también a todos y cada uno de los que componen este género. Pues, a pesar de que esta gente se diferencie entre sí por grados distintos, sin embargo, en todos estos nombres existe una condición común.

En primer lugar, se dice que un espíritu es malo no tanto por su significado y sentido natural cuanto por la eficiencia con que se manifiesta. Y pues, en los capítulos anteriores, atribuíamos al espíritu la eficacia, la celeridad y la vehemencia, si a éste se le añade la nota de maldad, se está con ello indicando un poder eficaz e impetuoso de causar daño, ya se trate de un poder exterior, que ataque o destruya una cosa o ser cualquiera, ya que la atormente de cerca, ya que, en persona, la posea y la gobierne. Leemos que un espíritu malo de esta clase tomó el lugar del espíritu de Dios que abandonó a Saúl: **El Espíritu del Señor se apartó de Saúl, y un espíritu malo de parte del Señor lo atormentaba**

¹⁰Pureza.

¹¹Purificación.

(1Sam 16,14); y un espíritu de mentira engañó a todos los profetas del rey Acab (cf. 1Re 22,22).

A esta clase los escritos sagrados la llaman también espíritus malos o espíritus inmundos, pero con esta diferencia: observamos que el espíritu malo impele también a aquel a quien posee a obrar contra otros y causarles daño, como es el caso de Saúl y de los profetas de Acab engañados por el espíritu, u otros casos parecidos, como el de aquel demonio terribleísimo y sumamente dañino que lanzó al hombre poseído contra los hijos de Esceva, sacerdote de los judíos en Éfeso, cuando intentaban exorcizarlo (cf. Hch 19,14-16). Juan había visto con antelación que éste era el espíritu que había de ser dado a la imagen de aquella bestia monstruosa, **Para que la imagen de la bestia hablase e hiciera que fueran muertos todos los que no adoraran a la imagen de la bestia**(Apc 13,15). El espíritu inmundo, en cambio, a aquel a quien posee, no lo obliga tanto a hacer, como a padecer, privándole de la facultad de ver o de oír o del uso de todos los sentidos, incluso de la mente; o, en ocasiones, aquejándolo con una enfermedad grave o una dolencia fortísima; desposeyéndolo, en fin, de su limpieza natural, hasta destruir el mismo cuerpo mediante las ideas y corrupciones que envenenan su espíritu. Un hombre poseído por un espíritu inmundo de esta ralea corrió al encuentro de Cristo, en la región de Gerasa, saliendo de uno de aquellos sepulcros [Mc 5,2; Lc 8,27], porque **Tenía su morada entre los sepulcros; y nadie podía atarle ni siquiera con cadenas, ya que muchas veces había sido atado con grillos y cadenas, pero había hecho pedazos las cadenas y partido los grillos; y nadie lo podía dominar; continuamente, de día y de noche, andaba entre los sepulcros y por las montañas, gritando e hiriéndose con piedras** (Mc 5,3-5). Aquellos espíritus inmundos, arrojados de dentro de aquel hombre, precipitaron por el barranco a los cerdos que, con el consentimiento de Cristo, habían pasado a poseer (cf. Mc 5,13). Aquel padre describía a Cristo, verdadero y poderosísimo médico, un espíritu inmundo de esta clase que hostigaba fortísimamente a su hijo: **Maestro, te he traído a mi hijo, porque tiene un espíritu mudo, que dondequiera que lo agarra lo derriba y le hacer echar espumarajos y rechinar los dientes y lo deja tieso... y muchas veces lo ha arrojado al fuego y al agua para acabar con él... como viera Jesús que se agolpaba la gente, conminó al espíritu inmundo, diciéndole: ‘¡espíritu sordo y mudo, yo te lo mando, etc.** (Mc 9,17-18.21.24). Esta nota característica del espíritu inmundo se significa con toda claridad mediante el verbo «atormentar», que se usa muy frecuentemente en relación con los espíritus inmundos: **Y los que eran atormentados por los espíritus inmundos, eran curados** (Lc 6,18); al lugar donde estaban los apóstoles, **También de las ciudades vecinas a Jerusalén, concurría una multitud trayendo enfermos y atormentados por espíritus impuros; y todos eran sanados** (Hch 5,16). La curación misma es también prueba de enfermedad.

DEMONIO

[Γῶν - δαίμωνιον- *daemonium*]

Con casi la misma significación que espíritu inmundo se habla también de demonio, al cual suele añadirse igualmente el apelativo de inmundo, pero con la diferencia de que, en cuanto demonio, indica abierta y claramente la naturaleza misma y el género. Dicha naturaleza es distinta de la de los espíritus buenos, de las enfermedades naturales y de cualquier otra poderosa afección y perturbación del cuerpo o del alma, a la que, a veces, se le llama también espíritu. Así, pues, demonio manifiesta más expresamente la naturaleza misma de un espíritu perversísimo, pero con la característica —como oportunamente explicaremos— de principado, potestad y posesión, que no sólo muestra acción y pasión, como el espíritu, sino no sé que autoridad que, según las creencias de los hombres, le es propia.

Y así como espíritu significa la naturaleza misma con eficacia y poder, es demonio aquella facción de Lucifer, alejada de Dios y separada de los demás espíritus, que, por el hecho de ser demonio, busca oponerse a Dios y dañar a los hombres. Por consiguiente, en cuanto a razón e inteligencia, es primero el demonio que el espíritu; aunque, por su naturaleza, es primero el espíritu que el demonio. Pero espíritu malo o inmundo indica la acción misma y su realización; demonio, el origen y causa de la acción. Y así, propiamente, el nombre de demonio se opone a los nombres divinos: **Ofrecieron sacrificios a los demonios, no a Dios; a dioses que no habían conocido** (Dt 32,17); **Porque todos los dioses de las**

naciones son demonios¹², pero el Señor hizo los cielos (Sal 96,5). Y así, si hablamos propiamente, aunque no tanto con la debida corrección latina, llamaremos *demonidad*¹³ a aquella facción y principado infernal, que se rebeló contra la gloria y majestad divina, a cuyo respecto está escrito: **Por Beelzebul, el príncipe de los demonios, echa fuera a los demonios** (Lc 11,15).

El nombre de demonio adquiere este sentido de potestad y execrable autoridad, cuando es referido también a ciertas personas, como fácil y claramente se observa en aquéllos que por Cristo y en el poder de Cristo curaron y liberaron los apóstoles. En todos ellos se encuentra el verbo *tener*, y, cuando son curados, se usa el verbo *arrojar*: **Y a los que tenían demonios** (Mt 4,25), los llevaban a él; y **Arrojaba a muchos demonios** (Mc 1,34). Y así como este nombre denota autoridad, ocupación y cierta tiránica posesión, el término espíritu significa, en cambio, la acción y la agitación misma, aunque esta distinción resulta, a veces, un tanto oscura. De todos modos, estas consideraciones hechas sobre los nombres y verbos arrojará gran luz a aquéllos que quieran explicar la muy célebre y sapiente disputa que mantuvo Cristo con sus adversarios sobre su autoridad completamente opuesta y discordante con la de Beelzebul (cf. Mt 12,24-28).

SATÁN Y DIABLO

Según sea el sentido particular que se le atribuya, al mismo espíritu se le llama Satán o Diablo. Ahora bien, uno y otro nombre indican respectivamente la acción en sí misma y el modo en llevarla a cabo, pero no la naturaleza del sujeto. En efecto, en tanto en cuanto el ángel malo actúa como abierto adversario de Dios y de sus partidarios, y su propósito se manifiesta con toda claridad, tratando de conseguirlo con hechos manifiestos y en abierta lucha, además, contra los designios de Dios y los planes de los hombres piadosos, se le llama Satán. Pero, cuando el mismo agente se vale de la habilidad, del engaño, de la argucia o de la astucia, recibe el nombre de Diablo. El sentido de este sobrenombre se explica, pues, en función de un plan, cuya ejecución requiere astucia.

Esto se observa muchas veces por la reacción de Cristo y sus apóstoles. En efecto, cuando en un determinado asunto se usa el engaño, el fraude, la mentira, la persuasión y la inducción astuta y hábil, viene llamado Diablo; pero, cuando se trata de una manifiesta abierta y patente, de una lucha o agresión contra Dios y los suyos, se le llama Satanás.

Así, en el desarrollo de aquella tan célebre tentación que maquinó el enemigo aquel contra Cristo, mientras el discurso iba conduciéndose mediante una hábil y bien pensada exposición y palabras llenas de disimulo, se le aplica el nombre de Diablo: **Entonces Jesús fue llevado por el espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo... y le dijo: ‘si eres Hijo de Dios...’; y de nuevo: entonces lo llevó el diablo a la ciudad santa y lo colocó sobre el pináculo del templo, y le dijo: ‘si eres Hijo de Dios, tírate abajo, pues está escrito...(Mt 4,1.5.6)**. Hasta aquí la disputa, la habilidad, los consejos y demás maquinaciones que parecían incluso convenir al provecho y gloria del mismo Cristo, bajo una apariencia engañosa y simulada. Pero, cuando se mostró de manera abierta y comenzó a llevar impudicamente el asunto contra la gloria divina: **Todo esto te daré, si te postras y me adoras** (Mt 4,9), escuchó de inmediato: **Vete, Satanás** (Mt 4,10). Así, pues, esta consideración, presente de manera continua en casi todos los libros sagrados, podrá hacer más fácil la explicación de no pocos pasajes.

Está escrito, por ejemplo, que Satán tentó la paciencia de Job no mediante la habilidad o la astucia, sino con violencia abierta e ímpetu evidente (cf. Job 1,7). Y a Judas Iscariote, en cuyo corazón se había introducido el diablo (cf. Jn 13,2) desde hacía ya tiempo, para que entregara a su maestro, a éste también, debido a la avaricia, al engaño y a pensamientos llenos de maldad, Cristo lo había llamado Diablo (cf. Jn 6,71-72). Cuando ya abiertamente decidió entregarlo, y comenzó a ejecutar el asunto sin

¹²[Hebr., אֱלֹהִים זָרִים, *falsos dioses, ídolos*. Grg. traduce δαίμόνια, y Vlg. *daemonia*].

¹³ *Daemonitatem* en el texto latino].

pudor alguno, escrito está que fue movido por Satanás: **Después de tomar el bocado, entró Satanás en él; y Jesús le dice: ‘lo que tengas que hacer, hazlo pronto’**(Jn 13,27). Y también: **Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo** (Lc 22,31); **Me ha sido dado un aguijón en la carne, un ángel de Satanás, que me abofetee para que no me enaltezca demasiado** (2Cor 12,7); **Quisimos ir a vosotros, yo, Pablo, una y otra vez, pero Satanás nos lo impidió** (1Tes 2,18).

Los ejemplos relativos a este mismo espíritu, cuando se le llama diablo, son igualmente numerosos: **Por la envidia del diablo entró el pecado en el mundo** (Sab 2,24); **Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y queréis satisfacer los deseos de vuestro padre; él era homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando habla mentira, de lo suyo propio habla, porque es mentiroso y padre de mentira** (Jn 8,44); **¡Oh tú, lleno de todo engaño y de toda mentira, hijo del diablo...!** (Hch 13,10); **Revestíos de la armadura de Dios, para que podáis hacer frente a las intrigas del diablo** (Ef 6,11). E innumerables otros ejemplos de uno y otro nombre, cuya distinta significación señala Juan con toda claridad: **Él prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el Diablo y Satanás, y lo ató**, etc. (Apc 20,2).